

ENCUENTRO DEL CRISTIANISMO CON LA CULTURA CLASICA

F. Hübeňak

Universidad Católica Argentina. Buenos Aires

"Cuando el cristianismo hizo su entrada en la historia del mundo conocido, la "ecumene", se presentaba unificado por la cultura griega y por la política romana: el encuentro entre las dos tradiciones civilizadas del mundo antiguo, ambas fruto de encuentros anteriores y de antiguas herencias, fortaleció en la humanidad el convencimiento de que, por primera vez, vivía una experiencia verdaderamente universal"¹.

De esta manera sintetiza Marta Sordi la importancia que significó el contacto -y la consecuente dialéctica entre los cristianos² y el Imperio Romano, embebido en la cultura griega- a través de su versión helenística- especialmente en el campo filosófico que conservaba más indemnes los aportes del pensamiento griego tradicional.

En este breve trabajo intentaremos esbozar -en medio de las persecuciones contra los cristianos- las líneas e intentos de encuentro entre la religión naciente y la filosofía griega, que condujeron a la "occidentalización" de la prédica de Ieshua de Nazareth.

En el camino que nos hemos trazado haremos especial hincapié -en los tres primeros siglos- en tres figuras que consideramos claves en este proceso histórico-cultural: Saulo de Tarso, Justino de Neplusa y Orígenes de Alejandría.

El primer paso hacia una helenización del cristianismo aparece claramente indicado -ya a principios de la década del sesenta del siglo I de nuestra era- por la predicación de Saulo de Tarso -luego San Pablo- en el Areópago de Atenas, donde, en uno de sus viajes de evangelización, motivado por sus continuas arengas en el *ágora* fue invitado por los filósofos estoicos y epicureos que abundaban en la *polis* -y en todo el mundo helenístico- a informar sus novedosas doctrinas a los siempre curiosos habitantes de

¹ M. Sordi, *Los cristianos y el Imperio romano*, Encuentro, Madrid 1988, 149.

² Así llamaron en Antioquía a los integrantes de la entonces secta judía de los nazarenos -los seguidores de Jesús de Nazareth- según nos refieren los *Hechos de los Apóstoles* XI, 26.

Atenas.

Las palabras que pronunciara en dicha ocasión, conservadas por su discípulo Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*³ merecen releerse por su importancia, habilidad catequística y por haberse convertido en guía de la tarea a emprender por los cristianos en el Imperio.

Pablo se expresó en estos términos: *"Atenienses, veo que vosotros sois por todos los conceptos los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada la inscripción: "Al Dios desconocido". Bien, lo que adoráis sin conocer eso os vengo yo a anunciar. El Dios que hizo el mundo, y todo lo que hay en él, que es el señor del cielo y de la tierra, no habita en santuarios prefabricados por el hombre, ni es servido por manos humanas, como si de algo estuviera necesitado, el que a todos da la vida, el aliento y todas las cosas. El creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscase a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban, por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vosotros. Porque somos también de su linaje. Si somos, pues, del linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte y el ingenio humano. Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia anuncia ahora a los hombres que todos y en todas partes deben convertirse, porque ha fijado el día en el que va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos"*. Y, aquí, al oírlo, prosigue la narración, muchos comenzaron a mofarse de él y otros le despacharon diciendo que regresara *"otro día"*.

Antes de analizar los matices "helenísticos" del discurso resulta interesante señalar que así como Pablo adaptó el mensaje a su auditorio en toda la primera parte, fue totalmente intransigente en el aspecto que más podía chocar y, de hecho, chocó, a los atenienses: la resurrección de Cristo. Ello obedece a que Pablo era perfectamente consciente -y convencido- que la esencia de la *buena nueva* radicaba precisamente en dicha resurrección, como lo manifestará claramente en su *Carta a los corintios*⁴.

El texto que hemos transcrito confirma nítidamente la formación de Saulo de Tarso, judía por un lado y helénica por otro⁵, pues indudablemente se educó en el ambiente del judaísmo helenizante que invadía el mundo helenístico y del que Tarso era un centro convergente de vías de comunicación y elementos culturales. En este aspecto nos parece muy acertada la explicación que sólo a un judío podía interesarle la doctrina de Jesús, sólo un griego podía concebir en su espíritu la ampliación de

³ XVII, 16-32.

⁴ XV, 13: *"Y si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación"*.

⁵ Según J. J. Chavellier, *Historia del pensamiento*, Aguilar, Madrid 1967, t. II, 17: *"San Pablo no recibió formación helénica y escribe mal el griego"*.

esta iniciativa y el ser ciudadano romano lo inclinaba al universalismo, sobre el marco del cerrado nacionalismo palestino.

Como bien nos indica Eduard Delebecque en su importante estudio sobre este discurso paulino⁶ en él se advierte claramente la formación de Saulo. Así "*el Señor que hizo el cielo y la tierra y todo lo que contiene*" está tomado del libro del Exodo (XX, 11); "*El que a todos da la vida, el aliento y todas las cosas*" procede del Génesis (II, 7); "*El creó... para que habitase sobre la faz de la tierra*" (Génesis II, 6 ó XI, 8); "*y determinase los límites del lugar en el que va a juzgar según justicia*" (Salmos IX, 9; LXXI, 2 y XIV, 13) no son más que frases bíblicas intercaladas en su exposición y adaptadas a un "*auditorio de paganos*"⁷.

Pero de mayor interés para las ideas que nos interesa rescatar en este trabajo resultan los aportes del pensamiento helénico que también se aprecian claramente en dicho texto. Delebecque señala que todo el discurso paulino posee una "*atmósfera socrática*"⁸, con la diferencia que su auditorio no le era hostil sino fundamentalmente integrado por curiosos interesados en conocer las novedosas "*divinidades extranjerías*" que pululaban por el mundo helenístico. La referencia a la divinidad que "*no habita en santuarios prefabricados por el hombre*" parece tomada de la "*Politeia*" del estoico Zenón de Kitium, según surge de las referencias de Clemente de Alejandría y Teodoreto de Cyro⁹, "*que a todos da... el aliento*" responde a la teoría "*pneumática*" de la física estoica y permitirá a Saulo de Tarso hacer una referencia indirecta al "*Espíritu del Señor*", "*pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho alguno de vosotros*" pertenecería a un verso de la perdida "*Theogonia*" de Epiménides, que engarza en el "*Gran Todo*" estoico¹⁰.

A este contexto "*panteísta*" -que el autor considera como propio de la "*atmósfera estoica*"¹¹ -de raíz jónica- hace referencia la expresión: "*como han dicho algunos de vosotros*", mientras que "*somos también de su linaje*" provendría del versículo 5 de los "*Phaenomena*" de Aratos de Soles, cerca de Tarso, aunque no se descarta su vinculación con el himno de Zeus de Cleante de Assos.

⁶ "Les deux versions du Discours de Saint Paul a l'Areópague", *Les Etudes Classiques*, LII, 233/50. Véase también el reciente G. Barbaglio, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Salamanca 1989, espec., 38 ss.

⁷ E. Delebecque, *op. cit.*, 235.

⁸ *Idem*, 236.

⁹ Según E. Des Places, "Des temples faits de main d'homme", *Actes des Apôtres XVII*, 24, *Biblica XLII*, 1961, 217-223.

¹⁰ P. Courcelle, "Un vers d'Epiménide dans les discours sur l'Aeropage", *REG* 1963, 404-13. Delebecque relaciona el texto con párrafos de la tragedia griega, y aún de Jenofonte: "*Nuestra suerte está en tus manos*", 238.

¹¹ Por otro lado conocemos las vinculaciones entre Pablo y los estoicos. Marta Sordi, *op. cit.*, 152, destaca respecto a Séneca "*hermano de Galión, con quien Pablo se había relacionado en Corintio, y amigo de Burro, prefecto del pretorio durante la primera prisión de Pablo y responsable del tratamiento generoso que se dio a este último y, con toda probabilidad, de su absolución...*".

Por otra parte, la referencia al oro, la plata y la piedra nos trae reminiscencias hesiódicas, aunque el texto haya sido extraído de un estoico bastante posterior¹².

"El orden del discurso muestra, en efecto, el arte superior de Pablo en colocar el elemento cristiano sobre el elemento pagano, para después fundir uno en el otro"¹³, pero también, significa la versada formación helénica del "apostol de los gentiles".

Las líneas directrices enunciadas por Pablo para la evangelización de los nuevos pueblos fueron seguidas durante la segunda mitad del s. II, pero se vieron sofrenadas a partir de los martirios de Pedro y Pablo en Roma, y por las persecuciones contra los cristianos iniciadas por el emperador Nerón en el año 64 y, continuadas -no por casualidad- como detalla Marta Sordi¹⁴ con las que se desencadenaron contra la élite estoica, una de cuyas víctimas más importantes fue el filósofo Séneca.

En otro aspecto, el siglo II se caracterizó por un intento de "renacimiento religioso" que tuvo lugar básicamente en las diferentes escuelas filosóficas - particularmente estoicos y neoplatónicos-; quienes, a la vez, debieron combatir contra el "ateísmo" de epicureos y cínicos y el escepticismo pragmático que impregnaba la mentalidad de las élites dirigentes del Imperio Romano. En esta lucha contaron originariamente con un apoyo implícito del cristianismo.

El fracaso en responder a las apetencias místico-religiosas del grueso de la población del mundo helenístico-romano provocó el repliegue de las escuelas al campo de lo privado, inclinándose, ante la conflictiva realidad del Imperio y la angustia que le invadía¹⁵ hacia la "a-patia" (A-pathos = sin pasión) y el encerrarse en sí mismos.

Esta actitud del estoicismo y, en menor grado, de los neoplatónicos¹⁶ favoreció el avance del cristianismo, que supo aprovechar la crisis de los "cultos tradicionales" para iniciar la catequización de las clases dirigentes.

Los últimos defensores de estos cultos -luego denominados paganismo- vinculados al poder romano, como Tácito, no vacilaron en referirse al peligro cristiano como a una "plaga"¹⁷, aunque todo el pensamiento de la época se fuera impregnando de ideas provenientes de la predicación del cristianismo. Esta situación obligó a los "ideólogos" del Imperio a enfrentarse con la nueva situación tratando de encontrar una salida racional frente a esta "filosofía" -a la vez religión- que parecía traer una respuesta a las "enfermedades del alma" que los estoicos diagnosticaban con claridad, pero incapaces de solucionar. Esta fue, como veremos, la actitud de Celso, entre otros.

¹² Véase M. Sordi, *op. cit.*, 151.

¹³ E. Delebecque, *op. cit.*, 237.

¹⁴ M. Sordi, *op. cit.*, 152 ss.

¹⁵ Véase E. R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Cristiandad, Madrid 1975.

¹⁶ Véase E. Elorduy, "Estoicismo y cristianismo", *Estudios Eclesiásticos* XVIII, 1944, 387 ss.

¹⁷ *Annales* XV, 24.

La temática de las persecuciones a los cristianos dio lugar a una variada literatura¹⁸, a la que no nos referiremos en este trabajo, pero debemos señalar que el acceso de una nueva dinastía -los Antoninos- produjo una nueva política religiosa¹⁹ de restauración destinada a fortalecer la unidad imperial -cuyo resquebrajamiento comenzaba a percibirse cada vez más notablemente- basándose cada vez más en la unidad religiosa de todo el Imperio. En este complejo panorama deben interpretarse las diferentes medidas adoptadas por estos emperadores en relación con el cristianismo.

Entre el 111 y el 113 Plinio "el Joven", gobernador de Bitinia dirigió su mentada carta al emperador Trajano pidiéndole instrucciones sobre el trato que debía dispensarse a los cristianos²⁰ y que mereció por respuesta el ya célebre rescripto imperial²¹, que se convirtió por varias décadas en la fuente jurídica y procesal para la relación con los practicantes de la nueva fe.

En el 123/4, durante el proconsulado en Asia de Minucio Fundano, fue promulgado un nuevo rescripto por obra del emperador Adriano²² que cita y transcribe apenas veinte años más tarde Justino como justificativo de sus Apologías.

Es indudable que los escritores de esta época conocían mal el cristianismo que perseguían, basándose más en las habladurías callejeras, presiones de las masas e intereses políticos de los sucesivos emperadores, que en razones válidas. Esta apreciación surge claramente cuando percibimos los gruesos errores que cometían al referirse al mismo. Y precisamente para aclarar estas dudas -y replicar a las acusaciones de emperadores e ideólogos- fueron difundidas las primeras Apologías destinadas a defender las creencias y suprimir los errores que circulaban sobre las mismas.

Estos escritos de defensa del cristianismo -de allí su nombre- estaban dirigidos al emperador y al Senado con el objeto de convencer a los grandes personajes de la Roma imperial de que esas acusaciones eran inexactas y a partir de ellos la doctrina cristiana, hasta entonces predicada en calles y casas fue mejor conocida y comprendida, especialmente por las clases dirigentes²³.

¹⁸ Últimamente han retomado la cuestión, en contextos más amplios, entre otros: M. Sordi, *op. cit.*; P. Siniscalco, *Il camino di Cristo nell'Impero romano*, Laterza, Bari 1987; N. Santos Yanguas, "Los rescriptos de Trajano y Adriano y la persecución de los cristianos", *Studium Ovetense* X, 1982 y C. Gonzalez Román, "Problemas sociales y político-religiosos: a propósito de los rescriptos de Trajano, Adriano y Antonino Pío sobre los cristianos", *Memorias de Historia Antigua*, Oviedo V, 1981, 227 ss.

¹⁹ Véase J. Beaujeau, *La religion romaine a l'apogée de l'Empire*, I. *La politique religieuse des Antonins (96-192)*, Paris 1959.

²⁰ *Carta X-XCCVII*.

²¹ *Carta X-XCIII*.

²² Eusebio, *Historia eclesiástica* IV, 8.

²³ O. Gigon, *La cultura antigua y el cristianismo*, Gredos, Madrid 1970; ha dedicado este libro a sostener la tesis que la "buena nueva" fue difundida rápidamente entre los grupos "ilustrados" y no básicamente entre los marginados, como pretendió sostener cierta historiografía de fines del siglo

A un tal Quadrato suele atribuirse la "*Epístola a Diogneto*" -probablemente el primer texto apologético- aún a fines del siglo II. Aristides de Atenas redactó una Apología dirigida al emperador Adriano; el asirio Taciano -con una visión antihelénica- escribió su "*Discurso a los griegos*"; Atenágoras de Atenas fue el autor de la "*Súplica en favor de los cristianos*" dedicada a los emperadores Marco Aurelio y Cómodo. Este conjunto de obras se completa con los discursos de Teófilo de Antioquía a Autólico, la "*Apología*" de Melitón de Sardes y la "*Sátira de los filósofos profanos*" debida a Hermias²⁴. Pero, entre ellos, adquiere una particular relevancia para el tema que nos ocupa Justino de Naplusa -luego San Justino mártir-, quien habría vivido entre el 100 y el 163.

Así como hemos mencionado los enfrentamientos entre la "*buena nueva*" y los "*cultos tradicionales*" amparados por el "*poder imperial*" también hubo serios intentos para hallar una vía de encuentro; y esta vía pasaba, indudablemente, -y así lo apreciaron los propios pensadores cristianos de la época -por la filosofía griega²⁵. O, en frases de Lortz descubrieron "*la exigencia de restablecer la unidad entre la cultura espiritual recibida y la religión cristiana revelada*"²⁶. Por otra parte, la mayoría de los intelectuales católicos de este período eran "*paganos*" -con un importante bagaje cultural helénico- recientemente convertidos y que volcaban su conocimiento y su celo a esta nueva tarea que se les presentaba.

En este aspecto -como expusieramos precedentemente- el camino ya había sido sugerido por San Pablo, quien -como bien aprecia Jaeger- "*escogió como base la tradición filosófica griega, que era la parte más representativa de lo vivo aún en la cultura griega de esta época*"²⁷.

De tal modo que no debe extrañarnos que Justino, educado en la filosofía griega, apenas convertido al cristianismo abriera -hacia el 160- una escuela de enseñanza del cristianismo en Roma e inclusive, aprovechando la existencia de la libertad docente existente en el Imperio, sostuviera una controversia pública con el filósofo cínico Crescencio sobre el cristianismo. La mayoría de los historiadores coinciden en sostener que éste, al no poder vencerle en la discusión, le acusó de cristiano y, de acuerdo con la legislación de Trajano, logró fuera condenado a muerte y ejecutado -mártir de su fe- alrededor del 163.

Justino, a diferencia de sus antecesores apologistas de respetable nivel intelectual, fue un estudioso de la filosofía griega, como él mismo relata en su "*Diálogo*" al

pasado. Esta "*intelectualización*" de la "*buena nueva*" llevará a la aparición del gnosticismo, que en el sincretismo dominante en la época fundió elementos neoplatónicos y orientales con el cristianismo. Para el tema véase F. García Bazán, "*Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico*", Buenos Aires 1978.

²⁴ Véase la mayoría de estos textos en castellano en D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, B.A.C., Madrid 1985.

²⁵ Cf. M. Pellegrino. *Gli apologeti greci dei II secolo*, Ave, Roma 1947, 164 ss.

²⁶ J. Lortz, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, Cristiandad, Madrid 1982, t. I, 103.

²⁷ W. Jaeger, *Cristianismo primitivo y 'paideia' griega*, México 1965, 24.

exponer su paso por la escuela estoica -entonces de moda- hasta convencerse que su maestro "*nada sabía de Dios y hasta juzgaba superfluos estos conocimientos*"; luego se acercó a un peripatético pero éste -con su pragmatismo- prontamente le presentó sus honorarios; el pitagórico pretendió que antes de referirse a la temática divina debía prepararse en música, astronomía y geometría; así llegó a un platónico que le deslumbró: "*la contemplación de las ideas daba alas a mi pensamiento -escribe-, en poco tiempo me creí sabio; fui lo bastante necio de creer que llegaría inmediatamente a ver a Dios; por ser éste el fin de la filosofía de Platón*"²⁸.

El mismo reitera su formación filosófica cuando ante el interrogatorio del prefecto Junio Rústico, en su juicio, a la pregunta "*¿qué doctrina sigues?*" contesta: "*He conocido todas las doctrinas, pero puedo decir que la verdadera es la de los cristianos*"²⁹. Además el conocimiento filosófico de Justino se nota claramente en la lectura de sus obras, especialmente las dos Apologías, escritas a mitades del siglo II y dirigidas sucesivamente al emperador Antonino Pío y a sus hijos adoptivos Marco Aurelio y Lucio Vero. Sin lugar a dudas el autor más conocido y citado es Platón -el más afín al pensamiento cristiano-; de quien conocía fundamentalmente el *Fedón*, la *República*, la *Apología* y el *Timeo*, quizás a través de su discípulo Albino, en la "*Exposición de la doctrina de Platón*", publicada en el siglo II³⁰. También hace profusa referencia a las tragedias de Eurípides y a las comedias de Menandro y no le resultan ajenas las doctrinas de los estoicos y presumiblemente tampoco Heráclito.

Justino -como todos los apologistas- se vanagloria de ser "*filósofo*"³¹ y en este aspecto sigue el camino intentado por Filón en el judaísmo³² al procurar presentar el Pentateuco como un tratado filosófico y la base mencionada por San Pablo en su discurso al Areópago. Sobre este tema escribió: "*porque hay quienes llevan nombre y hábito de filósofos sin que hagan nada digno de tal hábito. Y vosotros conocéis a los antiguos que, opinando y juzgando como cosas opuestas, se llaman con el único nombre de filósofos. Y alguno de ellos llegaron a enseñar el ateísmo*"³³. Queda claro que Justino niega el título de filósofos a los "ateos" o sea a los cínicos y epicureos de su tiempo y aún aléjase de estoicos y neoplatónicos aclarando: "*confieso que también he dejado la doctrina de Platón, no porque sea contraria a la enseñanza de*

²⁸ Cf. *Diálogos* II, 6. cit. Lebreton-Zeiller, "Desde fines del siglo II hasta la paz de Constantino", en Fliche-Martin, *Historia de la Iglesia*, Desclée de Brower, Buenos Aires 1953, t. II, 350.

²⁹ *Acta del martirio* II, 3, en D. Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 1974, 311.

³⁰ Cf. M. Pellegrino, *op. cit.*, 44-477.

³¹ "*Esta denominación ya había sido aplicada en el siglo I a los judíos, catalogados como un pueblo de filósofos*".

³² La convergencia providencial entre judaísmo y mundo clásico ("*Teste David cum Sibylla*") también había sido planteada por los autores judíos de los oráculos sibilinos, como bien refiere M. Simon, "Sur quelques aspects des Oracles Sibyllins juifs", *Apocalypticism in the Mediterranean World and Near East*, Tubingen 1983, 219-233.

³³ I *Apología* I, 4.

Cristo, sino por que no son del todo semejantes, como no lo son tampoco estoicos, poetas e historiadores"³⁴.

Esta misma actitud de rescatar la "*filosofía griega*" para el cristianismo será sostenida pocos años más tarde en Alejandría por Clemente, quien no dudará en afirmar que "*la filosofía fue una preparación que allanaba el camino para el que desea perfeccionarse en Cristo*" o sea "*un tutor que conduce el espíritu helénico hacia Cristo*"³⁵ o en otro párrafo: "*a los judíos la ley y a los griegos la filosofía*".

Pero el pensamiento de Justino que nos interesa rescatar en este breve trabajo -en la línea esbozada por San Pablo- hace referencia a dos ideas conductoras- para enraizar la "*buena nueva*" cristiana en la antigua matriz filosófica griega: la continuidad del pensamiento (y de la Verdad) y la original idea del "*Logos seminal*".

Sobre la primera Justino expone en el capítulo XIII -y trata de demostrar, la tesis de que siendo los profetas hebreos y Moisés temporalmente anteriores a los "*filósofos griegos*", la raíz del pensamiento de éstos, indudablemente debe provenir de ese origen. En esta misma línea Clemente de Alejandría denomina a Platón el "*Moisés ático*"³⁶.

Y para poder insertar esta tesis en el cristianismo se vale del concepto griego del "*Logos spermatikós*" o "*Verbo seminal*", afirmando que "*la simiente del Verbo es innata en todo el género humano*"³⁷ y "*todos los pensadores pudieron ver la semilla del Logos, íntimamente inherente a los mismos, la verdad, pero con alguna oscuridad...*" y (cada griego) "*por su participación en el Verbo divino diseminado, vio y dijo lo que tiene proporción con él*"³⁸ o más detalladamente "*cuantos vivieron según el Logos son cristianos, aunque hubieran sido considerados como ateos, como entre los griegos fueron Sócrates y Heráclito; entre los bárbaros Abraham, Ananías, Azarías, Misael y Elías, y muchos otros, cuyos nombres y acciones renunciamos a mencionar porque resultaría muy largo. Igualmente los que en la antigüedad vivieron contra la razón fueron enemigos de Cristo y homicidas de aquellos que vivían con el Logos*"³⁹.

Siguiendo esta línea de razonamiento puede afirmar coherentemente que "*todas las cosas que los filósofos y los legisladores (se refiere a griegos y judíos) pensaron y descubrieron de hermoso, todo eso lo llegaron a descubrir y contemplar por la acción parcial del Logos. Pero como no conocieron el Logos total, incurrieron en muchas contradicciones*"⁴⁰.

Como se puede apreciar la argumentación original de Justino para integrar el

³⁴ II Apol., XIII.

³⁵ Stromata, I, 5. Cit., J. Pelikan, *Jesús a través de los siglos*, Herder, Barcelona 1989, 59-60.

³⁶ Stromata, I, 22.

³⁷ II Apol., VIII, 1.

³⁸ II Apol. XIII.

³⁹ I Apol. XLVI.

⁴⁰ II Apol. X.

pensamiento griego en la matriz judía y por ella en la religión cristiana a través de las verdades intuídas por el paganismo es sumamente ingeniosa y permite establecer una vinculación que concluye con la encarnación de Cristo; por ello "*cualquier verdad dicha por cualquier hombre nos pertenece a nosotros, los cristianos, porque nosotros, después de Dios, adoramos y amamos al Verbo (Logos) que procede de Dios, ingénito e inefable, que se ha hecho hombre por nosotros, con el fin de curarnos de nuestro padecer, haciéndonos partícipes del mismo*"⁴¹ y aquí nos encontramos ya con un léxico teológico-escriturístico alejado de los textos filosóficos citados anteriormente, pero que actúa como coronación de su pensamiento.

Por otra parte toda esa demostración de continuidad, tiene, en última instancia, un objetivo apologético consistente en demostrar que el cristianismo no era una "*secta de supersticiones*" sino una "*filosofía*" que retoma los conceptos vigentes en la cosmovisión del mundo antiguo y en lugar de atacarlos o eliminarlos, los asimila y supera.

Nos parece que esta intención queda suficientemente expuesta en párrafos como el que transcribimos: "*Si nosotros enseñamos algunas cosas semejantes a los poetas y filósofos, que entre vosotros son estimados y algunas otras de una manera más clara y más divina que ellos, y solamente nosotros (las enseñamos) con demostración, ¿por qué somos odiados injustamente sobre todos? Por qué cuando decimos que todas las cosas han sido ordenadas y hechas por Dios expresamente, al parecer exponemos la doctrina de Platón; cuando enseñamos que habrá una gran conflagración, la de los estoicos; mas cuando enseñamos que las almas de los malos, dotadas por sentido aún después de la muerte, son castigadas y que las de los buenos, libres de suplicios, viven dichosamente, decimos, al parecer, lo mismo que los poetas y filósofos. Al decir que los hombres no deben adorar lo que es inferior a los mismos afirmamos lo mismo que el cómico Menandro y otros que afirmaban cosas parecidas*"⁴². Y en este aspecto Justino también hace referencia en sus "*Apologías*" a la acusación a los cristianos por el solo nombre ("*nomen*")⁴³. Este mismo argumento será empleado posteriormente (en el 197) por Septimio Flavio Tertuliano en su renombrada "*Antología*"; aunque éste se manifieste anti-griego y no se limite a la expresión de Justino que "*el evangelio es una filosofía que todos los hombres deben profesar*"⁴⁴, sino que afirma expresamente: "*¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalem?*".

El planteamiento expuesto por estos apologistas en el siglo II -de los que Justino es el representante más importante por la cantidad y calidad de sus Apologías que nos han llegado- implicó también el uso del griego como idioma del cristianismo y, a través de éste, la incorporación de una serie de categorías lingüísticas y culturales que modificaron la manera de presentar la "*buena nueva*", haciéndola más inteligible -

⁴¹ I Apol. II, 13.

⁴² I Apol. XX.

⁴³ Cf. I Apol., IV.

⁴⁴ Diálogos, II, 3.

más adaptada- al Imperio Romano.

"Los apologetas representan el primer intento de elaboración científica de una visión cristiana del mundo"⁴⁵ y sus escritos obligaron a los ideólogos del mundo helenístico a replantear -a un nivel más elevado- las críticas al cristianismo. Precisamente, en este sentido, y como respuesta a las obras de Justino⁴⁶ escribió su libro ("*La Palabra Verdadera*") Celso hacia el 178, a fines del reinado de Marco Aurelio. Este, celoso funcionario del Imperio, embebido en el "*culto imperial*" y al servicio del estado, era un profundo conocedor de los cultos orientales y como hombre de letras y consejero imperial previó el peligro que implicaban las ideas cristianas y, tras estudiar cuidadosamente la Biblia, redactó su obra, que fue difundida y parece haber producido algún impacto en tierras de Egipto -Alejandría- y aún en Palestina, como ser explicará medio siglo más tarde.

Su trabajo⁴⁷, que fue una de las críticas más agudas que soportó el cristianismo en la Antigüedad, llevaba en sí los gérmenes de la derrota -por el autoconvencimiento de la élite "*pagana*" de la imposibilidad de vivificar lo que ya estaba muerto- pues, tras un ataque feroz, reemplazaba la intransigencia consecuente por un llamado al respecto de las creencias tradicionales- al amparo de la creencia que una doctrina para ser verdadera debe ser antigua⁴⁸ y al poder que ellas fundamentaban.

El párrafo que sigue nos parece más que elocuente sobre esta posición: "*sostened al emperador con todas vuestras fuerzas; colaborad con él por la defensa del derecho; luchad, combatid por él si las circunstancias lo exigen; asistidle en el mando del ejército; aplicaos al gobierno del estado, si es necesario para defender las leyes y la piedad*"⁴⁹.

El siglo III asistió a una renovación de las corrientes filosóficas que favorecidas por la ruptura de los vínculos del cristianismo con el mundo judío, se expreso a través del neoplatonismo de Plotino y por el medio de Orígenes, ambos discípulos de Ammonio Saccas.

Precisamente el tercer hiato de este esbozo por hallar la líneas de contacto entre el cristianismo y la cultura clásica en los tres primeros siglos de nuestra era está representado por Orígenes de Alejandría.

En esta ciudad cosmopolita y sincretista que representaba nítidamente los aspectos más sobresalientes del mundo helenístico fue fundada, ya en tiempos del apóstol Marcos -según cita San Jerónimo- una escuela cristiana de catequesis que, a diferencia de las existentes en siglos anteriores, intentaba ofrecer una enseñanza enciclopédica completa que integrara la "*buena nueva*" en el pensamiento clásico. Su primer maestro parece haber sido Panteno, un estoico convertido, que intentaba llevar

⁴⁵ J. Lortz, *op. cit.*, t. I, 99.

⁴⁶ Tal era la tesis de P. Siniscalco, *op. cit.*, 64.

⁴⁷ Conocido gracias a la crítica realizada por Orígenes en su "*Contra Celso*" en el año 248.

⁴⁸ De allí el interés de los apologetas en vincularse con Moisés y los profetas como raíz del pensamiento griego.

⁴⁹ VIII, 73-75, *cit.*, Lebreton-Zeillen, *op. cit.*, 249.

a cabo esta labor pedagógica.

Clemente de Alejandría -a quien ya hicimos referencia anteriormente- fue un discípulo de Panteno que parece haber tomado la conducción de la escuela hasta la persecución de Septimio Severo (202), actuando como nexo entre los apologistas y el comienzo de una ciencia teológica, la que será elaborada por su sucesor -Orígenes- adaptando la estructura ideológica griega y preparando el camino a la tarea política de Constantino y Teodosio⁵⁰.

Orígenes había nacido en Alejandría hacia el 184 y con motivo de la persecución de Septimio Severo -en la que muriera mártir su padre- recibió, a los dieciocho años, del obispo Demetrio, la dirección de la semi-derruida escuela de Alejandría, a la que impregnará de su matiz platónico-idealista y le conferirá la fama que la distinguió durante siglos, en abierta competencia con su similar de Antioquía por cuestiones dogmáticas y de ortodoxia.

Instruido en la filosofía griega -como todos los intelectuales de su época- una vez superada la crisis que le llevó a destruir sus libros- *"leía continuamente a Platón, las obras de Numenio, de Cronio, de Apolófanes, de Longino, de Moderato, de Nicómaco, y los autores doctos en las doctrinas pitagóricas, le eran familiares y se servía también de los libros de Queremón el estoico y de Cornuto. De ellos aprendió el método alegórico de los misterios griegos y lo adaptó después a las Escrituras de los judíos"*⁵¹ para inscribirse a seguir los cursos de Ammonio Saccas- uno de los últimos grandes representantes del estoicismo neo-platónico (sincretista) según la línea marcada por Antíoco de Ascalón; estudios que parece haber compartido con el célebre Plotino, con quien *"la filosofía clásica -según Cochrane- llegaba al término de su camino"*⁵².

Con respecto a la enigmática figura de Ammonio Saccas, Beneyto sugiere que se trata del conocido *"Seudo-Areopagita"*, razón por la cual la cristianización de éste y su muerte como mártir habrían favorecido la desaparición del estoicismo, en contra de la tesis tradicional del activismo cristiano frente a la posición estética e introvertida del estoicismo⁵³. Por otra parte *"las grandes masas instruidas por el estoicismo se habían pasado a la iglesia... El Pórtico había sido consagrado en*

⁵⁰ Véase nuestro "La cristianización del mito de Roma en Paulo Orosio", *Revista de la Universidad Nacional de la Patagonia I*, 1987.

⁵¹ Eusebio, *Historia eclesiástica* VI, XIX, 5/9.

⁵² Ch. Chocrane, *Cristianismo y cultura clásica*, México 1949, 175. Elorduy -en su citado *Estoicismo y cristianismo...* sostiene: *"la desaparición del Pórtico es aún más enigmática y oscura que su nacimiento. No se pueden dar fechas exactas ni aproximadas de su muerte; sus escuelas no fueron cerradas, como se cerró la escuela de Atenas en el año 529, produciendo la ruina irreparable de la filosofía griega, ni se pudo cujar un estoico último, como sucede con Olimpiodoro el menor, último representante alejandrino de Aristóteles y Platón en el siglo VI. Marco Aurelio cierra al morir (188) la serie de escritores estoicos cuyas obras se conservan, pero todavía en el siglo III hay oscuros estoicos de los que se sabe muy poco (cifr., Porfirii. Vita Politini, c. 20). El Pórtico se deshizo insensiblemente sin choques ni violencias"*, 399.

⁵³ Véase Juan Beneyto, *Historia de las doctrinas políticas*, Aguilar, Madrid 1948, 67.

templo cristiano", según la poética expresión de Elorduy⁵⁴.

Tanto Orígenes como Plotino -"los dos genios más grandes de las postrimerías del helenismo"⁵⁵ -según la madurada expresión del cardenal Danielou- estuvieron interesados a su manera en rescatar el pensamiento religioso de la Antigüedad ante la crisis y la angustia que agobiaba al Imperio.

Presionado por los fieles y curiosos de Alejandría como él mismo expone: "*cuando me consagré a la palabra, se propagó el renombre de nuestro valor y vinieron a mí herejes y personas formadas en los estudios griegos y sobre todo filósofos; y así me pareció bien examinar a fondo las doctrinas de los herejes y lo que los filósofos hacen profesión de decir sobre la verdad*"⁵⁶ inició una ardua tarea de elaboración de una teología sistemática -verdadera *paideia*- destinada a alimentar la avidez de sus seguidores.

En este aspecto cabe recordar que Orígenes no fue -como sus antecesores- un filósofo convertido al cristianismo, sino un verdadero misionero de la "*buena nueva*" con mentalidad de filósofo.

A partir del 213, gracias al apoyo de su enriquecido discípulo -y luego obispo- Ambrosio, que le proporcionó la infraestructura necesaria⁵⁷, pudo dedicarse a la tarea de escribir, preparando una nueva versión revisada del Antiguo Testamento, conocida como "*Hexaplas*"⁵⁸, en la que se incorporaba una interpretación que abarcaba tres sentidos: literal, ético y alegórico.

Diezmada Alejandría en el 215 por orden del emperador Caracalla a causa de haberse rebelado contra éste⁵⁹ Orígenes debió abandonar la ciudad con su obispo y en el 230 fue expulsado por el nuevo obispo por una cuestión disciplinaria, instalándose en Cesarea de Palestina, donde continuó su labor literaria y tras sufrir la feroz persecución de Decio en el 250 murió refugiado en Tiro en el 253.

El autor contemporáneo le describe como "*un corazón cautivado por el amor de Jesucristo, un asceta que va con los pies desnudos por las calles de Alejandría, vive de nada, que se acuesta sin manta, que se somete desde la juventud a increíbles vigilias, un héroe del trabajo (6000 títulos pretende Epifanio), un místico sin fin, desde luego en la oración, pero también en su trabajo cotidiano*"⁶⁰.

⁵⁴ E. Elorduy, *op. cit.*, 398.

⁵⁵ J. Danielou, *Orígenes*, Sudamericana, Buenos Aires 1958, 111.

⁵⁶ Eusebio, *op. cit.*, VI, XIX, 12.

⁵⁷ Cf. Lebreton-Zeiller, *op. cit.*, 221 ss.

⁵⁸ Empleando seis versiones distintas "*Además de la versión de los Setenta, otras tres versiones griegas estaban entonces en uso. Aquila, Símaco y Teodosión; de lo que resultaba no pequeño embarazo para algunos cristianos en sus discusiones con los judíos. Orígenes emprendió una transcripción de la Biblia en seis columnas: el texto hebreo con caracteres hebreos, al mismo tiempo con caracteres griegos, Aquila, Símaco, Setenta, Teodosión*" (Lebreton-Zeiller, *op. cit.*, 221, nota 19).

⁵⁹ Dion Cassio, *Historia romana* LXXII, 23.

⁶⁰ J. Cheruel, *Breve historia de la antigua literatura cristiana*, Andorra 1964, 52.

Entre estos seis mil escritos que se le atribuyen destacamos, para el objetivo que nos interesa, su "*Contra Celso*", redactado en el 248 a pedido del obispo Ambrosio. En esta obra, ante el ataque a los cristianos de que dirigían su prédica solamente a gentes sin exigencias intelectuales, reafirmó que la sabiduría de los filósofos estaba dirigida a unos pocos, y el don de la fe, en cambio, era para todos; a la vez que el hecho de dirigirse a los "*incultos*" no implicaba desvalorizar la cultura sino, por el contrario, difundirla.

En Orígenes reencontramos la teoría de la continuidad judeo-cristiana. Ya Clemente había escrito que la meta de la filosofía -en su época y creencias- era "*conducir el espíritu helénico hacia Cristo*"⁶¹ y que Platón había aprendido sus ideas religiosas de Moisés. Orígenes agrega: "*Celso pretende que lo que nosotros decimos de la otra vida, de una tierra incomparablemente mejor que ésta, está sacado de los antiguos que el llamó divinos, y sobre todo de Platón. El no supo que Moisés es más antiguo que los escritores griegos*"⁶². Y más adelante aclara: "*yo dejo a otros el cuidado de buscar como puedan si verdaderamente Platón había descubierto cosas más reveladas y más divinas que las que ha escrito; pero lo que yo puedo demostrar es que nuestros profetas han tenido conocimientos mucho más sublimes; y yo no temo afirmar que, después de ellos los discípulos de Jesús, iluminados por la gracia divina, han sabido mucho mejor que Platón, lo que era menester escribir, y de qué manera, y lo que era necesario, al contrario, no presentar al pueblo; en una palabra, lo que era menester decir, y lo que era preciso callar. Esto es entre otras cosas lo que el evangelista San Juan nos hace comprender cuando, en su Apocalipsis, nos dice haber oído siete truenos que le prohibían comunicar cosa alguna sobre ciertos asuntos*"⁶³.

Tampoco resulta ajena al pensamiento de Orígenes la teoría del "*logos seminal*" como puede comprobarse en párrafos como éste: "*Mira si lo que siembran son Moisés y los profetas que han escrito para instrucción nuestra, para nosotros que hemos llegado al final de los tiempos, y que anunciaron la llegada de Cristo; y los que cosechan, los apóstoles que han acogido al Señor y que han visto su gloria, de conformidad con las semillas espirituales de las profecías que le concernían, cosechadas de acuerdo con el entendimiento del misterio oculto desde siglos, manifestado en los últimos tiempos. Según esta interpretación, las campañas donde*

⁶¹ *Stromata*, V, 9.

⁶² Cit. S. Huber, *Los Santos Padres*, Desclée, Buenos Aires 1946, 380. Eusebio de Cesarea se esfuerza por demostrar -a finales del siglo III- que los sabios paganos -especialmente Platón- sacaron de la "*filosofía de los hebreos*" las verdades fundamentales sobre Dios, Creación, Verbo e inmortalidad del alma. Esta línea fue seguida siglo más tarde por Sinesio de Cirene (370-413) y Teodoreto de Cyro (336-458), recogiendo los argumentos de Justino, Clemente y Eusebio contra Eutiques y Nestorio, escribe su "*Cura de las enfermedades paganas o descubrimiento de la verdad evangélica a partir de la filosofía griega*" -según Altaner, Berthold. (Patrología. E. Calpe, s/f.) "*la última y quizás más hermosas de las antiguas apologías cristianas contra el paganismo*". En ella Teodoreto explica las armonías en el hecho de que los paganos (Sócrates, Platón) sacaron de Moisés lo esencial de su enseñanza sobre Dios, autor y conservador del universo.

⁶³ *Idem*, 380. Aquí encontramos el germen de las ideas gnósticas de Orígenes.

*fueron echadas las semillas son las Escrituras legales y proféticas que no estaban blancas para la siega porque no habían recibido la venida del Salvador*⁶⁴.

Como se comprueba de la simple lectura del texto anterior Orígenes emplea la teoría de Justino, pero le da un sentido mucho más alegórico -menos filosófico en el sentido griego del término-, acercando el camino hacia la teología de los "Padres griegos".

Resulta a todas luces evidente que Orígenes es mucho más teólogo que sus antecesores apologistas y él mismo lo demuestra cuando, en el contexto de las ideas que estamos exponiendo, incorpora el papel sobrenatural de la Gracia. Así escribe: *"La Escritura muestra que no son suficientes para conmover el corazón del hombre, verdades bien expuestas, si cierta potestad no es otorgada por Dios al que habla, si la gracia no embellece la palabra, gracia que sólo viene de Dios a los que hablan fructuosamente. Convenimos en que ciertas doctrinas son comunes a los griegos y a los cristianos, pero en ambas no se descubre el mismo poder para someter y predisponer los corazones"*⁶⁵

La formación filosófica -y la seriedad intelectual- de Orígenes han llegado hasta nuestros días gracias a la narración de su discípulo Gregorio el taumaturgo, quien escribió que *"se guardaba bien de entregarnos al estudio de un solo sistema, pasaba revista a todos, queriendo que no dejásemos de conocer parte alguna de la ciencia griega. El iba siempre delante y nosotros caminábamos en su seguimiento. Cuando tropezábamos con algún pensamiento intrincado, o el sofisma se ocultaba bajo formas pérfidas, nos advertía como hombre ejercitado en estas dificultades por una larga experiencia y por un hábito constante en el estudio de lo filosófico; como el que desde lo alto de un lugar seguro tiende la mano y eleva hacia sí a los que ve próximos a sumergirse en las aguas; así hacía nuestro maestro y recogía todo lo que cada filósofo ha enseñado de útil y verdadero, para fijarse principalmente en las cosas que pueden contribuir a desarrollar la piedad entre los hombres. No quería que nos aficionásemos a ningún filósofo, por muy sabio que lo hubiesen juzgado los hombres, sino sólo a Dios y a sus profetas"*⁶⁶.

Su tarea fue tan significativa y su prestigio llegó a tan alto nivel que las autoridades del Imperio comenzaron a interesarse por sus enseñanzas -y con él el cristianismo se convirtió, de hecho, en una "filosofía lícita", antes de convertirse un siglo más tarde en una "religión lícita". Hacia el 215, durante el "imperium" de Caracalla el gobernador de Arabia pidió al prefecto de Egipto y al obispo de Alejandría que le autorizase a dar conferencias en su sede⁶⁷ y en el 232, con motivo de la guerra contra los partos, la propia emperatriz Julia Mamea, madre del emperador Alejandro Severo, le hizo llamar a Antioquía⁶⁸ y escuchó sus enseñanzas,

⁶⁴ *Contra Celso* XIII, 46.

⁶⁵ *Idem*, VI, 2.

⁶⁶ Gregorio XIV-XV, en *Patrología griega*- X. cit. Lebreton-Zeiller, *op. cit.*, 231.

⁶⁷ Eusebio, *Historia eclesiástica* VI, XIX, 15.

⁶⁸ *Idem*, VI, 19, 3-4.

las que parecen haber influido sobre su hijo. Finalmente el emperador Filipo, apodado "el árabe" (244/9) -de quien se dice que fue cristiano⁶⁹- mantuvo correspondencia con el maestro alejandrino.

Después de este itinerario del encuentro entre cristianos y greco-romanos a través de los tres primeros siglos nos parece de interés recordar la conclusión de Jaeger cuando señaló que "*el cristianismo, usando esta cultura internacional como base, se convirtió ahora en la nueva 'paideia' cuya fuente era el Logos divino, la palabra que había creado el mundo. Tanto los griegos como los bárbaros eran los instrumentos*"⁷⁰.

Sin los autores que hemos analizado y sus intentos de encontrar los elementos de unión entre ambos mundos -lograda por las élites intelectuales varias generaciones antes- hubiera sido imposible la aceptación política del cristianismo por Constantino y su posterior conversión en la nueva mística destinada a salvar el Imperio Romano clásico y permitir la construcción del Imperio Romano medieval.

A la Iglesia -de raíz eminentemente judía- le fue aportada una estructura organizativa romana, pero, a la vez, una filosofía puramente helénica, consolidando los elementos que permitieron el encuentro entre cristianismo y cultura clásica. Y en esta tarea cumplieron un papel decisivo Saulo de Tarso, Justino de Neplusa y Orígenes de Alejandría.

⁶⁹ Véase Febronia Elia, "Ancora sull cristianesimo di Filipo", *Quaterni catanesi St. Class e Med.* I, 1979, 267 ss. y H. Pohlsander, "Philip the Arab and Christianity", *Historia* 19, 1980, 463/73.

⁷⁰ W. Jaeger, *op. cit.*, 94.